



Godofredo Daireaux

Galope nocturno

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Godofredo Daireaux

Galope nocturno

-«Señor, la galera salió esta mañana, de madrugada, como siempre, el 30. Ahora, volverá a salir, el 6.»

Me quedé aniquilado, con la noticia. El fondero depositó mi valija en la mesa, mi recado en un rincón y se retiró, disimulando discretamente la alegría que le causaba mi mala suerte.

¡Seis días de pueblito! Sin nada que hacer, y con el desconsuelo de ver todos mis planes descompaginados.

¿Volver a la ciudad? ¿Buscar alguna volante? De antemano sabía que nunca encontraría cochero que tuviera los caballos necesarios para hacer veinticinco leguas. Rabiando estaba, y casi a punto, asimismo, de resignarme, a la fuerza, cuando cruzó por el patio un conocido mío.

De raza pampa pura, pero criado y educado por cristianos, había llegado a establecer una casa de negocio, en el extremo límite de la civilización, en aquel tiempo; y prosperaba, vendiendo sus efectos a los precios que quería, cambiándolos a los boleadores y matrones que poblaban entonces estas soledades, por quillangos, plumas de avestruz y otros productos del desierto.

Nos saludamos, y le conté el caso. Servicial y generoso, sin vacilar un rato, se puso a mi disposición.

-«Me voy esta noche, dijo; lo llevo. Tenemos, con mi peón, nueve caballos; nos sobran. La noche será hermosa, templada, corta, con luna; ¿qué más quiere? Mañana los cazamos en cama a todos los de su casa. -¿Cómo a pegar malón, no es cierto? le dije yo.» Se sonrió:

-«Así es; así soy yo. Siempre ligero para andar. Vamos, hombre, decídase. A las seis, salgo.

-Bueno, vamos, contesté, y gracias.»

A las seis, nos pusimos en marcha. Como era a fines de Diciembre, hacía todavía calor, a pesar de la hora avanzada, pero un calor muy soportable, sin rayos abrasadores. Seguimos bastante ligero, pero sin apurarnos demasiado, y como quien quiere conservar sus fuerzas,

un camino muy seco, bastante parejo, en el cual no nos podía dar ningún trabajo el arreo, entre tres, de una tropillita bien entablada, como era la de mi amigo.

Ting, ting, ting, hacia por delante la campanilla de la yegua madrina, trotando largo; y por detrás, cerquita de ella y como rodeándola, los seis caballos sueltos, emparejando su paso con el suyo. Ibamos alegremente, conversando de mil cosas, en ese estado de excitación inconsciente e íntima satisfacción, que produce la ligera y acompasada sacudida del galope del caballo.

A las ocho, se apagó del todo el sol, y sin que se pusiera muy oscura la noche, poca claridad nos daban las estrellas, al venir llegando, una tras de otra, a la gran tertulia que, cada noche, forman allá arriba. Las habría convidado la luna; pero ésta todavía se estaba vistiendo.

Aprovechamos su ausencia para entrar un rato en una casa conocida, donde nos dieron de comer y donde descansamos una hora, hasta que apareció la reina de la noche, esparciendo en la llanura y la atmósfera, como una nube de polvos plateados.

Volvimos a ensillar, mudando caballos, y fresquitos y reposados, con nuevo coraje, seguimos el viaje.

A las horas, y poco a poco, la conversación se fue muriendo. Cada uno parecía recogerse en sus propios pensamientos: pero creo que más bien era que ninguno ya los tenía. De cuando en cuando, relucía un fósforo y prendíamos un cigarro.

Ting, ting, ting, hacía siempre la campanilla, y resonaba el trote de los caballos sueltos y el galope de los tres montados, y el camino iba deslizándose, unas veces seco y duro, otras veces algo húmedo y blando, cortado por unas matas de paja que hacían saltar o viborear los fletes; y sin conversar, sin pronunciar más que una que otra palabra para excitar a los animales, galopeábamos como fantasmas en la noche.

Sé que hemos mudado caballos, dos os tres veces; los hemos agarrado, hemos desensillado y vuelto a ensillar; sé que hemos atravesado un arroyo muy encajonado y con poca agua; tengo un recuerdo vago que tropezó muy fuerte mi caballo, y que mi compañero me felicitó por haberlo sostenido. Acepté la felicitación, pero no la contesté, por poco merecida; si no rodé, fue por efecto del sobresalto que sentí, al despertarme bruscamente, cuando tropezó el mancarrón.

Y seguimos así, horas y más horas, galopando dormidos, sin sentir las correr; y me acuerdo, si, que cuando, con el alba, aclaró el horizonte, sentí en todo el cuerpo un calofrío que me sacudió; renací a la vida, abrí los ojos, volví a oír claramente delante mí: ting, ting, ting, y me pude cerciorar que estaba a caballo, siguiendo la tropilla, lo mismo que mis dos compañeros.

Quedaba a penas legua y media para llegar. Se divisaba el monte naciente de la estancia, y casi, casi, los cazamos a todos en la cama.

Y mi amigo, el pampa, me dijo:

-«También habían sabido guapear, los gr... extranjeros».

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo